

ESTEBAN WERFELL

Encuadernados la mayoría en piel y severamente dispuestos en las estanterías, los libros de Esteban Werfell llenaban casi por entero las cuatro paredes de la sala; eran diez o doce mil volúmenes que resumían dos vidas, la suya y la de su padre, y que formaban, además, un recinto cálido, una muralla que lo separaba del mundo y que lo protegía siempre que, como aquel día de febrero, se sentaba a escribir. La mesa en que escribía —un viejo mueble de roble— era también, al igual que muchos de los libros, un recuerdo paterno; la había hecho trasladar, siendo aún muy joven, desde el domicilio familiar de Obaba.

Aquella muralla de papel, de páginas, de palabras, tenía sin embargo un resquicio; una ventana desde la que, mientras escribía, Esteban Werfell podía ver el cielo, y los sauces, y el estanque, y la caseta para los cisnes del parque principal de la ciudad. Sin romper su aislamiento, aquella ventana se abría paso entre la oscuridad de los libros, y mitigaba esa otra oscuridad que, muchas veces,

crea fantasmas en el corazón de los hombres que no han aprendido a vivir solos.

Esteban Werfell contempló durante unos instantes el cielo nublado, entre blanco y gris, de aquel día de febrero. Después, apartando la vista, abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó de allí un cuaderno de tapas duras que tenía numerado como el duodécimo, y que era, en todos los detalles, exactamente igual a los otros once cuadernos, ya escritos, de su diario personal.

Eran bonitos los cuadernos de tapas duras. Le gustaban. A menudo solía pensar que los estropeaba, que las historias o las reflexiones que acostumbraba guardar en ellos frustraban el buen destino que a todo cuaderno —al cuaderno de tapas duras, sobre todo— le cabía tener.

Quizá fuera excesivo pensar así acerca de algo como los cuadernos. Probablemente. Pero no podía evitarlo, y menos cuando, como aquel día, se disponía a abrir uno nuevo. ¿Por qué pensaba siempre en lo que no deseaba pensar? Su padre le había dicho una vez: *No me preocupa que tengas pájaros en la cabeza, lo que me preocupa es que siempre sean los mismos pájaros.* Era verdad, pero nunca había sabido las razones que le impulsaban a ello.

El impulso que empujaba a sus pájaros de siempre era, de todos modos, muy fuerte, y Esteban Werfell no pudo resistirse a la tentación de levantar los ojos hacia la estantería donde guardaba los once cuadernos ya escritos. Allí estaban, medio escondidas entre los tratados de Geografía,

las páginas que daban fe de su vida; las que retenían los momentos hermosos, los hechos más importantes. Pero no se trataba de un tesoro. Ya no había ningún brillo en ellas. Releerlas era como mirar papeles manchados de ceniza; era sentir vergüenza, era ver que crecían sus deseos de dormir y de olvidar.

—Cuadernos de letra muerta —susurró para sí. La expresión tampoco era nueva.

Pero no podía dejar que esa forma de pensar le apartara de la tarea para la que se había sentado ante la mesa, ni que, como tantas otras veces, lo llevara de un mal recuerdo a otro mal recuerdo, cada vez más abajo, hasta una tierra que, desde hacía mucho tiempo —desde su época de estudiante de Geografía—, él llamaba Cabo Desolación. Era ya un hombre maduro, sabía luchar contra sus propias fuerzas. Y lucharía, llenaría aquel nuevo cuaderno.

Esteban Werfell cogió su pluma —que era de madera, y que sólo utilizaba a la hora de redactar su diario— y la mojó en el tintero.

17 de febrero, de 1958, escribió. Su letra era bonita, era pulcra.

Al otro lado de la ventana el cielo se había vuelto completamente gris, y una lluvia fina, invisible, oscurecía la hiedra que cubría la caseta de los cisnes. Aquella visión le hizo suspirar. Hubiera preferido otra clase de tiempo. No le gustaba que el parque estuviera vacío.

Volvió a suspirar. Luego mojó la pluma y se inclinó ante el cuaderno.

He regresado de Hamburgo —comenzó— con el propósito de escribir un memorándum de mi vida. Pero no lo llevaré adelante de forma ordenada y exhaustiva, como podría hacerlo —quizá con toda la razón— aquel que a sí mismo se tiene por espejo de una época o una sociedad. Desde luego, no es ése mi caso, y no será así como lo haga. Yo me limitaré a contar lo que sucedió una tarde de hace mucho tiempo —de cuando yo tenía catorce años, para ser más exacto—, y las consecuencias que esa tarde trajo a mi vida, que fueron grandes. No es mucho, lo que cabe en unas cuantas horas, para un hombre que ya está en el otoño de su vida, pero es lo único que tengo para contar, lo único que merece la pena. Y es posible que no sea tan poco. Al fin y al cabo, soy un hombre que siempre se ha dedicado a la enseñanza, y ya se sabe que la tarima de las aulas propicia más el estreñimiento que la aventura.

Se enderezó en la silla a esperar que se secara la tinta. El día seguía gris, pero la lluvia era mucho más intensa que minutos antes, y su sonido, el sordo murmullo que producía al chocar contra la hierba, llegaba hasta la sala con claridad. Y también había un cambio en los alrededores del estanque: los cisnes estaban ahora fuera de su caseta, y batían sus alas con inusual violencia. Nunca había visto así a los cisnes. ¿Les gustaría mojarse? ¿O era la falta de espectadores lo que les alegraba?

No lo sabía, pero tampoco merecía la pena perder el tiempo con preguntas tontas. Era mejor que lo utilizara para repasar lo que acababa de escribir.

Jamás conseguía un buen comienzo. Las palabras se negaban a expresar fielmente lo que se le pedía, como si fueran perezosas, o como si no tuvieran fuerza suficiente para hacerlo. Su padre solía decir: *Nuestro pensamiento es arena, y cuando intentamos recoger un puñado de ese pensamiento, la mayor parte de los granos se nos escurren entre los dedos.* Y era verdad. Por ejemplo, él anunciaba un memorándum, y hubiera sido más exacto hablar de reflexión, porque eso era justamente lo que quería hacer: partir de lo sucedido en una tarde de su adolescencia y extraer de ello una buena reflexión. Y no era ése el único paso en falso, había más.

Podía tachar lo escrito y empezar de nuevo, pero no quería. Iba contra sus reglas. Le gustaba que las páginas estuvieran inmaculadas, lo mismo las suyas que las de los demás, y se sentía orgulloso de que, por su pulcritud, sus alumnos le apodaran con el nombre de un conocido jabón. Además ¿para qué preocuparse en buscar un buen comienzo? También en el segundo intento cometería errores. Siempre habría errores. Valía más que continuara adelante, precisando, corrigiendo poco a poco su mal comienzo.

Volvió a mirar hacia el parque. Ya no había cisnes en el estanque, se habían refugiado todos en la caseta. No, tampoco a ellos les gustaba la lluvia de febrero.

De todas maneras —continuó—, la pretensión de entresacar los momentos especiales de nuestra vida puede ser un grave error. Es posible que la vida sólo pueda ser juzgada en su totalidad, *in extenso*, y no a trozos, no tomando un día y quitando otro, no separando los años como las piezas de un rompecabezas para acabar diciendo que tal fue muy bueno y tal muy malo. Y es que todo lo que vive, vive como un río. Sin cortes, sin paradas.

Pero, siendo eso verdad, también es innegable la tendencia de nuestra memoria, que es casi la contraria. Como a todo buen testigo, a la memoria le agrada lo concreto, le agrada seleccionar. Por compararla con algo, yo diría que actúa como un ojo. Nunca, en cambio, como lo haría un contable especializado en inventarios.

Por ejemplo yo puedo ver ahora la caseta de los cisnes del parque, cubierta de hiedra desde el suelo hasta lo alto del tejado, oscura de por sí y más oscura aún en días de lluvia como el de hoy; puedo verla, pero, en rigor, nunca la veo. Cada vez que levanto la vista, mi mirada se desliza sobre el monótono color verde o negro de las hojas, y no se detiene hasta que encuentra la mancha rojiza que hay en una de las esquinas del tejado. Ni siquiera sé lo que es. Quizá sea un trozo de papel; o una primula que ha querido brotar allí; o una teja que la hiedra ha dejado al descubierto. De cualquier manera, a mis ojos les da

igual. Abandonando la oscuridad, buscan siempre ese punto de luz.

Esteban Werfell levantó la vista hacia la mancha rojiza. Pero tampoco aquella observación le sacó de dudas. Lo mismo podía ser una primula que un trozo de papel o de teja. Pero, después de todo, el detalle no importaba. Más importaba lo que acababa de escribir acerca de la memoria. Decir que a la memoria le agradaba lo concreto resultaba impreciso. No era cuestión de gusto, sino de necesidad.

De esa manera actúa el ojo —siguió— y también, si mi idea es correcta, la memoria misma. Olvida los días corrientes; busca, en cambio, la luz, los días señalados, los momentos intensos; busca, como en mi caso, una remota tarde de mi vida.

Pero ya es suficiente. Es hora de que comience con el relato propiamente dicho.

Esteban Werfell se sintió aliviado después de rematar con un trazo aquella primera página de su cuaderno. Ya estaba, ya había perfilado la introducción de lo que quería contar. No sabía a ciencia cierta por qué actuaba de ese modo, con tantos rodeos y demoras, pero era algo muy propio de él, siempre había sido así. Nunca escribía o hablaba directamente, nunca se relacionaba francamente con la gente que le rodeaba. Después de tantos años, aceptaba aquella falla de su carácter, su ti-

midez, su cobardía; pero aún le dolían las oportunidades que había perdido por ello. En su vida todo había sido silencio, pasividad, retiro.

Pero volvía a desviarse. Ahora no se trataba de su forma de vivir, sino de su forma de redactar, y tan poca trascendencia tenía el que diera rodeos como el que no los diera. Nadie leería jamás su diario íntimo. Por mucho que a veces fantaseara imaginándose un lector —en aquella misma mesa, después de su muerte— examinando sus cuadernos, no lograba creérselo. No, no habría lector alguno. Era un poco ridículo preocuparse tanto por el estilo.

Miró hacia el parque a la vez que mojaba la pluma en el tintero. Sin los paseantes de costumbre, bajo la lluvia, los alrededores del estanque parecían más solitarios que nunca. Los arroyuelos surgidos entre la hierba se rizaban al pasar por encima de las piedrecillas.

Hic incipit —escribió—, aquí comienza la historia de la tarde en que, por primera vez en mi vida, fui llevado a la iglesia. Tenía entonces catorce años, y vivía con mi padre en un lugar llamado Obaba.

Era domingo, y yo había quedado en reunirme con varios compañeros de la escuela para ir al cine que, a unos cinco kilómetros de Obaba, habían construido junto al ferrocarril. Pero, rompiendo por primera vez las reglas que guiaban nuestra relación, mis compañeros decidieron presentarse en casa mu-

cho antes de la hora convenida para, en cuanto les hube abierto la puerta, hacerme la petición que yo menos podía esperar.

—Por favor —me dijeron—, acompáñanos a la iglesia, ven con nosotros a cantar los salmos de esta tarde. Di al ingeniero Werfell que te deje, dile que para ir a cantar salmos no hace falta tener fe.

Era raro que actuaran así. Con tanto atrevimiento, quiero decir. Y la palabra atrevimiento está bien empleada en esta ocasión, ya que el hacer visitas —en tanto que suponía ver una casa ajena por dentro— tenía, en Obaba, la consideración de una mala costumbre; algo parecido al girarse hacia una persona que se está desnudando. Además, mi padre era extranjero, un extraño, un enemigo, y todo el mundo sabía lo mucho que odiaba la iglesia y la religión.

Viéndolo desde ahora, no me cabe duda de que fue el canónigo de Obaba —un hombre de Loyola— quien alentó aquella propuesta. Desde su punto de vista, yo debía de ser un alma en peligro; un niño que, al faltarle la madre —ella había muerto al nacer yo—, se hallaba a la completa merced de un hombre odioso, de un hombre que no dudaría en arrastrar a su hijo hacia el abismo en que él mismo vivía. El canónigo debió pensar que no había mejor manera de atraerme que la de valerse de la amistad que yo tenía con mis compañeros de escuela.

El odio entre el canónigo y mi padre no era, por decirlo así, exclusivamente intelectual. Tenía que ver con algo más que con la actitud iconoclasta que el ingeniero Werfell había adoptado nada más encargarse de la dirección de las minas de Obaba. Y ese algo más era mi existencia. Para decirlo con palabras que un día escuché al maestro de la escuela, yo no era *el fruto legítimo de un matrimonio*. Y no lo era por la sencilla razón de que mis padres se habían unido libremente, sin pasar por la iglesia; algo que, en aquella época y en aquel lugar, resultaba inadmisibile. Pero ésta es otra historia, y no tiene cabida en este cuaderno.

El parque seguía tan solitario como antes, y los árboles, ajenos aún a la proximidad de la primavera, presentaban un aspecto cansino. Y tampoco los cisnes daban señales de vida.

Apartó los ojos de la ventana y releyó lo escrito. No, la historia de sus padres no tenía cabida en aquel cuaderno. Quizás en el siguiente, en el decimotercero. Sería, sobre todo, la historia de una mujer joven que decide vivir con un extranjero y que es, por ello, calumniada y condenada al ostracismo. *Tu madre se acostaba con cualquiera. Tu madre no utilizaba ropa interior. Tu madre murió joven por todas las cosas malas que hizo.*

Las frases oídas durante los recreos de la escuela de Obaba aún le hacían sufrir. Ignoraba si escribiría o no aquel decimotercer cuaderno;

pero, si lo hacía, iba a resultarle muy doloroso. De cualquier modo, eso quedaba para después. Lo que ahora tenía entre manos era la historia que se había traído del viaje a Hamburgo.

Esteban Werfell se inclinó sobre la mesa. La inesperada visita de sus compañeros de escuela volvió a ocupar su imaginación.

Al verme lo mucho que me sorprendían sus palabras, mis compañeros —sin citar para nada al canónigo— argumentaron su propuesta de una forma bastante burda. Según ellos, no estaba bien que, llegando el domingo, anduviéramos por separado. Lo único que se conseguía de esa forma era perder tiempo, pues había veces en que ellos terminaban sus cantos diez o quince minutos antes de lo normal, minutos que eran preciosos cara a no llegar tarde al cine, pero que, al cabo, nunca se aprovechaban; por mi culpa, claro, porque yo era su amigo y no les quedaba otro remedio que esperarme.

—Siempre llegamos después de comenzada la película —resumió uno de ellos—, y a mí me parece que es una tontería hacer cinco kilómetros en bicicleta para luego no enterarnos de nada. Es mucho mejor que andemos todos juntos.

El argumento era, como ya he dicho, bastante burdo, ya que lo normal era que la ceremonia se alargara y no lo contrario. Sin embargo, no les contradije. En el fondo, yo

deseaba entrar en la iglesia. Y no sólo por un lugar prohibido para mí —y por lo tanto deseable—, sino también por la necesidad de sentir de ser un joven normal, un joven como yo era, junto con mi padre, la única persona de Obaba que jamás había pisado aquel espacio, y claro, sólo tenía catorce años, no gustaba que me señalaran con el dedo.

La propuesta era, pues, favorable a mis deseos, y no discutí lo que me decían. Me limitaba a señalarles la puerta de la biblioteca. Allí estaba mi padre. A él era a quien tenían que pedir el permiso. No, yo no me atrevía, mejor que se lo pidieran ellos. Sin embargo, yo no esperaba su consentimiento. Me parecía que mi padre les despediría con un grito, que no iba a actuar —precisamente aquel domingo— en contra de unos principios que había propugnado toda su vida.

—Si quiere ir que vaya —escuché entonces. Primero me sorprendí, y luego me asusté, fue como si todos los cristales de la ventana se hubiesen roto de golpe. ¿Por qué decía que sí? Ni siquiera conseguía imaginarlo.

Un cisne graznaba a la puerta de su caseta, desafortadamente, y parecía recriminar a la lluvia. No paraba de llover. Aplastaba la hierba y formaba charcos cada vez más profundos. Pronto, todo el parque se convertiría en una balsa.

Esteban Werfell juntó sus manos sobre el cuaderno. No, con catorce años no podía com-

prender a su padre, porque, por esa época, aún no lo veía con sus propios ojos, sino con los ojos de los demás; con los de aquellos que, como luego pudo darse cuenta, eran enemigos declarados del ingeniero Werfell. En Obaba decían que era un hombre orgulloso e intratable; y eso mismo pensaba él. Decían —se lo dijo una niña que jugaba con él en la plaza— que era tan cruel que trataba a latigazos a los obreros de la mina; y él sonreía, movía su cabeza afirmativamente. Y, en realidad, aceptaba aquella imagen porque carecía de cualquier otra. ¿Qué era su padre? Pues solamente eso, su padre ¿Y además de eso? Pues además de eso, nada. Bueno, sí, un ingeniero de minas.

Pero aquella época había pasado. Ya no era un adolescente poco comprensivo, sino un hombre maduro. Creía comprender la razón por la que el ingeniero Werfell había aceptado la propuesta de sus compañeros.

—Cansancio —suspiró. Le empezaba a gustar la lluvia. Le ayudaba a recordar.

Efectivamente, el ingeniero Werfell estaba cansado, arrepentido de haber dejado su ciudad natal, Hamburgo, para trasladarse a un lugar donde sus ideas resultaban ridículas. Al principio, soñaba con volver. *Volveremos, Esteban, y tú estudiarás en la misma universidad que estudié yo.* Era la frase que más veces le había oído de niño.

Pero pronto comenzarían las malas noticias. Un día era la mina, que cerraba; otro eran los valores adquiridos en la Bolsa, que quebraban dejándole casi sin fortuna; otro más era la carta de

Theodor Steiner, su mejor amigo, quien le escribía para decirle que la asociación a la que ambos pertenecían —el Club Eichendorff— había sido prohibida en Alemania; que sus ideas también eran perseguidas en la tierra donde había nacido.

Para la época en que Esteban tenía catorce años, ya había desistido. Moriría en Obaba, nunca volvería a Alemania. Su hijo no estudiaría en una universidad alemana. Así pues, era lógico que en esa situación no tuviera fuerzas para seguir luchando por su formación. ¿Qué más daba? *Si quiere ir que vaya*. De cualquier manera, la batalla estaba perdida.

El cisne que estaba junto a la puerta de la caseta volvió a graznar, consiguiendo esta vez que todos los que permanecían dentro lo imitaran. La algarabía le distrajo de sus recuerdos.

—¡Cuándo callarán! —gritó.

¿Por qué era tan orgulloso?, se preguntó a continuación. No quería perder el hilo que en ese momento le unía a su padre.

De haber sido más humilde, el ingeniero Werfell hubiera aceptado mejor la vida de Obaba. Y de haber sido más inteligente, también. En definitiva, eso era la inteligencia, la capacidad de adaptarse a cualquier situación. El que aprendía a adaptarse jamás bajaba a los infiernos. Por el contrario, alcanzaba la felicidad. ¿De qué le habían servido a su padre los libros, las lecturas, las ideas? Sólo para acabar derrotado. *Sólo los mezquinos se adaptan a la vida*, solía decir su padre. Pero ya no estaba de acuerdo con él. Ni tampoco estaba de

acuerdo con la vieja máxima que unía saber y sufrimiento, con aquello de que cuanto más sabe el hombre, más sufre. Tal como se lo decía a sus alumnos, esa mala consecuencia sólo podía darse en el primer peldaño del saber. En los siguientes, era obligado triunfar sobre el sufrimiento.

Los cisnes parecían calmados. Esteban Werfell mojó su pluma en el tintero y extendió su pulcra letra sobre la parte superior de una nueva página. Estaba decidido a incorporar sus reflexiones al cuaderno.

Incluso en las situaciones más difíciles hay un momento en el que dejar de luchar se convierte en algo deseable y placentero. Así por ejemplo, un naufrago siempre acaba reconciliándose con el mar; aun aquel que, después de haberse desangrado intentando salvar su barco, ha desafiado a las olas durante toda una noche, bajo las estrellas, rodeado de peces, en completa soledad. No importa lo que haya hecho, ni su apego a la vida: el final es siempre dulce. Ve que no puede más, que nadie llega, que no divisa ninguna costa; y entonces acepta, descansa, se entrega al mar como un niño que sólo quiere dormir.

Pero mi padre era demasiado orgulloso. Había naufragado, sí, y no le quedaba otro remedio que doblegarse; pero no lo aceptaba, no deseaba el placer último de la derrota. Respondió con brusquedad: «*Si quiere ir que vaya*», y se encerró en su biblioteca, *el único*

sitio de Obaba que le gustaba. Cuando llamé para pedirle el dinero para el cine, no me respondió. Se limitó a deslizar una moneda por debajo de la puerta. No sé, ahora me arrepiento de la alegría que mostraba en aquel momento.

En cuanto conseguí el dinero salimos todos en tropel, empujándonos unos a otros igual que cuando el maestro nos daba permiso para el recreo. Después, a pie y con las bicicletas cogidas por el manillar, emprendimos la subida de la cuesta que en Obaba llamaban de los canónigos.

Era un día desapacible de primavera, con chubascos casi continuos y rachas de viento, y las cunetas del camino rebosaban de agua. En los trechos donde se habían desbordado, las flores de manzano arrastradas por la corriente cubrían casi todo el suelo. Nosotros las pisábamos al pasar, y era como si pisáramos alfombras blancas.

Caminábamos con energía, empujando a las bicicletas que, como dijo uno de mis compañeros, Andrés, pesaban más cuesta arriba. Al final del camino, en lo más alto de la colina, se imponía la puntiaguda torre de la iglesia.

Había alegría en nuestro grupo. Reíamos por cualquier cosa, y jugábamos a comparar los diferentes sonidos que hacían los timbres de nuestras bicicletas. «¿Estás contento, Esteban?», y yo les decía que sí, que aquello era

un acontecimiento para mí, que tenía mucha curiosidad. «¿Y nervioso? ¿No estás nervioso?», y yo les decía que no. Pero sí lo estaba, y cada vez más. El momento se aproximaba. Como hubiera dicho mi padre, pronto estaría en la Otra Parte.

Un instante después, entraba en la iglesia por primera vez.

La puerta era pesada y muy grande, y tuve que empujarla con todo el peso de mi cuerpo.

—Antes de entrar tienes que hacer la señal de la cruz —me dijo Andrés. Le respondí que no sabía. Entonces mojó mis dedos con los suyos y dirigió los movimientos de mi mano.

—¡Qué sitio más oscuro! —exclamé nada más entrar. El contraste entre la luminosidad de fuera y la penumbra del interior me cegaba. No distinguía nada, ni siquiera el pasillo central que tenía delante.

—No hables tan alto —me pidieron los compañeros al tiempo que me adelantaban.

Lejos de mí, donde yo me figuraba el final del pasillo, ardía una gran vela. Era el único punto de luz de todo el edificio. Di unos cuantos pasos en aquella dirección, pero volví a detenerme. No sabía hacia dónde tenía que ir, y mis compañeros parecían haber desaparecido.

Mis ojos seguían fijos en la llama del otro lado del pasillo pero, poco a poco, iba viendo más cosas. Reparé en las vidrieras, que eran azules, y en los reflejos dorados que salían de

una columna cercana a la gran vela. Con todo, no me atrevía a moverme.

—No tengas miedo, Esteban. Soy yo —escuché entonces detrás de mí, y a pesar de la advertencia sufrí un sobresalto.

Antes de que tuviera tiempo de nada, un brazo largo y huesudo me rodeó por el cuello. Era el canónigo.

—Vamos, Esteban. No tengas miedo —repetió acercando su cara a la mía.

El olor de sus ropas me resultaba muy extraño.

—La llama de esa vela no se apaga nunca, Esteban —me susurró señalando hacia adelante con la mano que le quedaba libre—. Cuando nos toca encender una nueva, siempre lo hacemos con el último fuego de la anterior. Piensa en lo que significa eso, Esteban. ¿Qué crees que significa?

Yo estaba demasiado asustado para poder pensar, y sentía vergüenza cada vez que el canónigo pronunciaba mi nombre. Me quedé callado.

—Significa —comenzó él—, que esa luz que nosotros estamos viendo ahora es la misma que vieron nuestros abuelos, y también los abuelos de nuestros abuelos; que es la misma luz que contemplaron todos nuestros antepasados. Desde hace cientos de años, esta casa nos une a todos, a los que vivimos ahora y a los que vivieron antes. Eso es la Iglesia, Esteban, una comunidad por encima del tiempo.

Era claro que el argumento no se acomodaba a las circunstancias de mi vida. La Iglesia no sólo unía, también separaba; el que yo estuviera allí era un ejemplo de ello. Sin embargo, no contradije al canónigo. En realidad, me sentía humillado, como si mi exclusión de aquella comunidad hubiera sido un defecto o una mancha. Un sudor frío me cubrió toda la piel.

Sonriendo, el canónigo me indicó que faltaban bastantes minutos hasta el comienzo de la ceremonia, que los aprovechara para ver el altar y todas las demás partes del edificio. Y, dejándome solo, se alejó hacia una puerta lateral que conducía al coro. Escuché el frufú de sus ropas incluso después de que hubiera desaparecido de mi vista.

A menudo creemos que las cosas son de por sí grandes o de por sí pequeñas, y no nos damos cuenta de que lo que llamamos tamaño no es sino una relación entre las cosas. Pero se trata justamente de eso, de una relación, y por eso puedo decir ahora que, propiamente hablando, jamás he vuelto a ver un lugar más grande que la iglesia de Obaba. Era cien veces mayor que la escuela, mil veces mayor que mi habitación. Además la penumbra borraba los límites de los muros y de las columnas, y alejaba los medallones y los nervios del techo. Todo parecía más grande de lo que en realidad era.

En uno de los libros ilustrados que por

entonces leía se contaban las aventuras de una expedición que había quedado atrapada dentro de una montaña hueca, y yo asocié las ilustraciones de aquel libro con el lugar que estaba viendo. Por su aspecto, desde luego, pero también por la asfixia que, tal como les sucedía a los personajes de la historia, yo comenzaba a sentir. Seguía recorriendo el pasillo, pero tenía la impresión de que me ahogaría antes de alcanzar la llama del altar. Vi entonces que una anciana vestida de negro llegaba hasta el fondo del altar y alzaba una palanca. Inmediatamente, toda la iglesia se iluminó.

El cambio me hizo bien, y comencé a respirar mejor. No es una montaña vacía por dentro, pensé aliviado. Es más bien un teatro como los que mi padre conoció en Hamburgo, un edificio de esos en los que se canta ópera.

La mayoría de los recuerdos que tenía mi padre giraban en torno al teatro, y yo me sabía de memoria los argumentos y coreografías de las obras que él había visto en la Ópera de Buschstrasse o en el Schauspielhaus, así como muchas anécdotas de actores o actrices de la época. La comparación entre lo que había imaginado hablando con mi padre y lo que veía me pareció ineludible. Sí, la iglesia era un teatro. Con un gran escenario central, con imágenes de hombres barbudos, con sillas y bancos para el público. Y todo era dorado, todo brillaba.

Una nota musical, grave, casi temblorosa, recorrió toda la iglesia, y al girar la cabeza hacia el coro vi a unas veinte mujeres arrodilladas en sus sillas. Movían sus labios y me miraban fijamente.

Bajo la presión de aquellas miradas, corrí hacia la puerta que había utilizado el canónigo. Un instante después, subía de dos en dos las escaleras que me llevarían donde mis compañeros.

Cansado, Esteban Werfell dejó la pluma sobre la mesa y levantó la vista hacia la ventana, pero sin ver nada concreto, sin ni siquiera darse cuenta de la algarabía de los cisnes del estanque. Uno de sus pájaros acababa de cruzar por su mente, interrumpiéndole, obligándole a pensar en el sentido de aquel duodécimo cuaderno. ¿De qué servía recordar?, ¿no era mejor dejar el pasado como estaba, sin removerlo?

«Sólo a los jóvenes les gusta recordar», pensó. Pero cuando ellos hablaban del pasado, hablaban en realidad del futuro, de los miedos y deseos que tenían respecto a ese futuro, de lo que le pedían a la vida. Además, nunca lo hacían en solitario, como él. No entendía bien su afán por recordar. Quizá fuera una mala señal. Señal de que todo había terminado por completo, de que ya no quería vivir más.

Sacudió su cabeza como para ahuyentar sus pensamientos, y reparó, por fin, en lo que sucedía al otro lado de la ventana. Alguien que, refugián-

dose de la lluvia, se había situado a un lado de la caseta, echaba migas de pan al estanque, y los cisnes nadaban de un lado a otro chillando como locos. «Hoy no ha habido paseantes, tendrán hambre», pensó. «Volvamos al coro», se dijo luego.

Nada más entrar yo en el coro, el canónigo se levantó de la banqueta del órgano donde estaba sentado, y extendió los brazos hacia adelante.

—El pequeño Werfell está al fin entre nosotros. Alegrémonos todos y demos gracias por ello —dijo con voz casi dulce.

Enlazando sus manos se puso a rezar en alto, y todos mis compañeros le siguieron.

—Bienvenido, Esteban. De ahora en adelante pertenecerás a nuestra comunidad, serás uno de los elegidos —me aseguró después. Mis compañeros me miraban como si nunca antes me hubieran visto.

Andrés era el encargado de repartir los libros de cánticos. A mí me entregó un ejemplar casi nuevo.

—No te preocupes, Esteban. Bastará que vengas un par de domingos para que te pongas a nuestra altura. Seguro que acabas siendo el mejor de todos —me susurró. Las páginas del libro eran muy finas y tenían los bordes dorados. Una cinta roja indicaba los salmos del día.

Cuando el canónigo me pidió que me sentara a su lado, la mirada de mis compañeros se volvió aún más fija. Yo vacilé un poco. Com-

prendía que aquello era un privilegio, pero temía la proximidad física del canónigo. Aún recordaba el desagradable olor de sus ropas.

—No tengas miedo, Esteban. Sube a sentarte aquí —me dijo el canónigo a la vez que empezaba a tocar. Las maderas del suelo del coro vibraban.

Me extrañó que el órgano tuviera dos teclados y que para tocarlo fuera necesario mover los pies. A veces, la melodía se volvía caprichosa, con altos y bajos muy acentuados, y el canónigo parecía bailar sentado, balanceándose sobre la banqueta y empujándose. Me costaba seguir el hilo de los salmos, no conseguía concentrarme.

Para el tercer cántico ya había cerrado el libro, y me limitaba a estar sentado y mirar lo que tenía delante. Allí estaban mis compañeros, abriendo y cerrando la boca; y allí abajo seguían las mujeres arrodilladas; un poco más lejos, la llama de la vela despedía reflejos anaranjados.

De pronto, la llama comenzó a elevarse. Al principio me pareció que se movía por sí misma, como si algo la impulsara desde la base. Pero luego, cuando ya volaba por encima de las escaleras del altar, vi que no, que la llama no viajaba sola, sino de la mano de una adolescente de pelo rubio. Ella era la que volaba, con suavidad, sin un aleteo.

«Viene hacia mí», pensé. La luz de la llama me cegaba.

La adolescente voló a través de toda la iglesia hasta situarse delante de mí. Se detuvo entonces sobre el aire, a unos dos metros del suelo del coro. El órgano había enmudecido.

—¿Sabes lo que es el amor, Esteban? —me preguntó con dulzura.

Le respondí afirmando con la cabeza, y quise levantarme de la banqueta para poder ver su cara. Pero la luz de la llama me impedía cualquier movimiento.

—¿Puedes quererme? —volvió a preguntar, y por un instante vi sus labios, ligeramente entreabiertos, y su nariz.

—Sí —le respondí. Me parecía la única respuesta posible.

—Pues ven a buscarme, Esteban. Ven a Hamburgo —dijo ella—. Maria Vockel, Johameshof, 2, Hamburgo —añadió a continuación.

Dicho eso, giró y comenzó a alejarse hacia el altar. Yo grité que sí, que iría a Hamburgo y que la buscaría, pero que no se fuera tan pronto, que se quedara un poco más.

—No es nada, Esteban, no es nada. Estate tranquilo —escuché entonces. Estaba caído en el suelo del coro, y el canónigo se inclinaba sobre mí. Andrés me daba aire agitando una partitura.

—¡Maria Vockel! —exclamé.

—Tranquilo, Esteban. Sólo ha sido un mareo.

Había un matiz dulce en la voz del canóni-

go. Me ayudó a levantarme y pidió a Andrés que me acompañara a dar un paseo.

—Será mejor que no vayas al cine, Esteban. Más vale actuar con prudencia —me aconsejó al despedirnos—. ¿No irás, verdad? —insistió.

Pero la imagen de la adolescente de pelo rubio ocupaba por completo mi mente, y no me sentía con fuerzas para responder.

Fue Andrés el que lo hizo por mí:

—No iré, señor, y yo tampoco iré. Me quedaré con él, por si acaso —prometió.

El canónigo dijo que de acuerdo y volvió a la banqueta del órgano. La ceremonia tenía que continuar.

Nada más salir fuera me sentí mejor, y mi mente comenzó a aclararse. Muy pronto, la imagen de la adolescente de pelo rubio fue perdiendo consistencia y desapareciendo; tal como desaparecen los sueños, tal como se vuelven inconsistentes las motas de polvo en cuanto el rayo solar deja de iluminarlas directamente. Pero allí estaba mi compañero de escuela, Andrés, para impedir que la escena que yo había vivido en el coro no se perdiera del todo. A él, que tenía dos o tres años más que yo, le preocupaban mucho las cuestiones sentimentales; era imposible que olvidara un nombre de mujer.

—¿Quién es Maria Vockel? —me preguntó al fin.

Fue en ese instante cuando recuperé la

imagen, en cuanto oí su nombre. Volví a verla volando de una parte a otra de la iglesia, y recordé sus preguntas. Pausadamente, se lo conté todo a Andrés.

—Es una pena que no le hayas visto la cara —comentó después. Parecía muy interesado en aquel detalle que faltaba en el retrato de la chica.

—Sólo la nariz y los labios. Pero creo que es más bonita que todas las chicas de Obaba. —Se lo decía tal y como lo pensaba, con la vehemencia un poco disparatada de los catorce años.

—No creo que sea más bonita que la chica del bar —repuso muy serio.

—Perdona, no quería ofenderte —me excusé.

Acababa de recordar lo irritable que era Andrés cuando se trataba de la belleza femenina. Desde su punto de vista —que ya entonces, en plena época adolescente, me parecía un poco estúpido— ninguna mujer podía compararse con la camarera que él perseguía. Empleaba todas sus horas libres en buscar un dinero que luego, los sábados a la tarde, le permitiera pasarse las horas bebiendo en una de las esquinas del mostrador del bar. Bebiendo y sufriendo, claro, porque ella hablaba con todos menos con él. Aquella chica, la más bonita del mundo.

—¿No me perdonas? —insistí. No quería que se fuera, necesitaba un interlocutor.

—Sí —cedió.

—¿Damos un paseo? —propuse. No quería ir directamente a casa, necesitaba tiempo para ordenar las sensaciones que en aquel momento se agolpaban en mi cerebro.

—¿En bicicleta?

—Prefiero ir andando, la verdad. Tengo muchas cosas en que pensar:

Tomamos por un sendero que, partiendo de la iglesia, rodeaba el valle donde se juntaban los tres pequeños ríos de Obaba. Era estrecho, y no muy adecuado para dos caminantes como nosotros, obligados a tirar de nuestras bicicletas; pero el paisaje que podía verse desde él me atraía mucho. Era verde, ondulado, salpicado de casas blancas; la clase de paisaje que todo adolescente intenta describir en sus primeros poemas.

—Parece un valle de juguete —dije.

—Sí, es verdad —respondió Andrés, no muy convencido.

—Se parece a los belenes que vosotros ponéis en Navidad —añadí deteniéndome. Comenzaba a sentirme eufórico. La extraña visión que había tenido en el coro de la iglesia había emborrachado mi corazón.

Por fin había dejado de llover, y los cisnes aprovechaban la calma para buscar restos de comida en las orillas del estanque. El amistoso paseante que les había dado de comer avanzaba ahora por el camino principal del parque, hacia la ciudad,

con su bolsa blanca del pan doblada bajo el brazo.

Atraído por el nuevo aspecto que iba tomando el día, Esteban Werfell dejó su cuaderno y se acercó a la ventana. «¿Qué joven era entonces!», suspiró, recordando la conversación que había mantenido con Andrés.

Era muy joven, sí, y además vivía atormentado por los comentarios que oía sobre el ingeniero Werfell y sobre su madre, atormentado y confundido, buscando en los libros ilustrados el afecto y la seguridad que no encontraba en la escuela o en las calles de Obaba. Su corazón era, por lo tanto, un pequeño Cabo Desolación, y un buen terreno para una fantasía como la de Maria Vockel. Quería creer en la realidad de aquella adolescente rubia, quería creer en sus palabras. Al fin y al cabo, ella no se había presentado de manera muy diferente a la que acostumbraba alguna de las heroínas de sus novelas.

Aun después de tantos años, a Esteban Werfell le parecía exacto considerar a Maria Vockel como su primer amor. Paseando por el sendero que rodeaba al pequeño valle, se había sentido melancólico, soñador, idéntico a Andrés. Por primera vez en su vida, creía comprender lo que su compañero sufría por la camarera del bar.

—Tú al menos la puedes ver. Yo no la veré nunca.

El recuerdo de sus palabras le hizo sonreír. Eran ridículas, igual que la mayoría de las que había escrito en el diario personal de aquella época. Pero negar el pasado era una tontería.

—¿Y por qué no vas a Hamburgo? ¿No es tu padre de allí? —razonó Andrés. A él le preocupaban los detalles, pero no la aparición en sí, no su posibilidad. Al contrario, le parecía algo razonable. Había oído hablar de enamorados que se comunicaban de forma mucho más rara. Convirtiéndose en lechuzas, por ejemplo. Alguna razón habría para que Maria Vockel decidiera hacerlo de aquella manera.

Abandonando por un momento sus recuerdos, Esteban Werfell abrió la ventana y se asomó al parque. El cielo era cada vez más azul, y los visitantes de última hora se entretenían en pasear a sus perros o en echar comida a los cisnes. Al otro lado del estanque, una veintena de niños jugaban al fútbol.

«De cualquier manera, Andrés no era una excepción —pensó, apoyándose en la barandilla y volviendo a sus recuerdos—. La gente de Obaba aceptaba cualquier hecho extraño con una facilidad asombrosa. Mi padre se reía de ellos.»

Sus mentes son burdas, Esteban, solía repetirle su padre. Y nunca dejaba de ilustrar aquella opinión con una anécdota jocosa.

Pero a él no le gustaban aquellas anécdotas, y le parecía que su padre era injusto con la gente de Obaba, que hacía mal en despreciarla.

«Aun así, yo era un Werfell —continuó, cerrando la ventana y volviendo a la mesa—. Por mucho que quisiera creer en aquella aparición, mi mente se negaba a ello. Se trataba de la vida, no de una novela. Aceptar la posibilidad de que

lo sucedido respondiera a una realidad parecía ridículo. No, Maria Vockel no podía ser real, no podía vivir en el número dos de la calle Johameshof.»

Esteban Werfell cerró los ojos y vio aquel otro Esteban de catorce años, camino de casa, dudando, diciéndose a sí mismo que su cabeza estaba llena de historias de Hamburgo, llena de nombres de mujer, de cantantes, de actrices; y que de ese fondo era de donde habían surgido las palabras que había oído en el coro de la iglesia.

Antes de seguir escribiendo calculó las páginas del cuaderno que seguían en blanco. Eran bastantes, las suficientes como para que el deseo de resumir la última parte de la historia se apoderara de él. Si terminaba pronto, aún tendría tiempo de salir al parque y ver algo del partido de fútbol que estaban jugando los niños. Pero su deseo sólo duró un instante. Debía contar la historia con todos sus detalles, tal como había decidido antes de volver de su visita a Hamburgo.

Mojó la pluma en el tintero. Una última mirada al parque le mostró a un niño que agitaba su paraguas amenazando a los cisnes.

—¿Cómo llegas tan pronto? —me dijo mi padre nada más entrar yo por la puerta.

—No he ido al cine.

—¿Y por qué no?

—Porque me he desmayado en la iglesia —confesé avergonzado.

Vi que se asustaba, y me apresuré a expli-

carle que no había sido nada raro. La oscuridad de la iglesia y el parpadeo de la llama de una vela habían tenido toda la culpa. No debía haberla mirado tan fijamente como lo había hecho.

Suspirando, mi padre señaló hacia la biblioteca.

—El espíritu está en esos libros, Esteban. No en la oscuridad de la iglesia —dijo.

—Quiero consultarte una cosa —titubeé después de un silencio. No podía hablar con él y seguir guardando mi secreto. Necesitaba saber su opinión acerca de lo sucedido con Maria Vockel.

—Tú dirás.

Se sentó en un sillón, indicándome que yo hiciera lo mismo. Estaba nervioso y me pareció que ya no me veía como un niño, sino como una persona adulta, capaz de tomar sus propias decisiones.

Le expliqué todo lo que había ocurrido desde mi entrada en la iglesia. La conversación que había mantenido durante el desmayo, los deseos que había sentido entonces, las dudas de después. Él me escuchó con atención, sin interrumpirme.

Cuando vio que el relato había terminado, se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. Se detuvo en la ventana, pensativo. «Ahora se irá a la biblioteca en busca de algún libro que aclare lo que me ha pasado», pensé. Pero no se movió de donde estaba.

—¿Puede ocurrir algo así? —pregunté—. ¿Hay alguna posibilidad de que Maria Vockel sea real?

—Sólo hay un modo de saberlo, Esteban. Escribir a esa dirección —dijo sonriendo. Yo me alegré mucho de que se mostrara tan comprensivo—. Te ayudaré a escribir la carta —añadió sin perder su sonrisa—. Todavía domino bien mi idioma.

A pesar de su tono amable, aquellas palabras tuyas me obligaron a bajar la vista. Mi padre no había tenido éxito en sus intentos de enseñarme el alemán. Incluso en casa, yo prefería hablar tal como lo hacía con mis amigos, y me enfadaba cuando él se negaba a utilizar *la lengua que sabíamos los dos*. Pero aquel domingo todo era diferente. Arrepentido de mi actitud, me prometí a mí mismo que recuperaría el tiempo perdido, que no volvería a ofenderle.

Pero mi padre estaba contento, como si los acontecimientos de aquella tarde hubiesen reavivado sus buenos recuerdos. Me cogió por la barbilla y me obligó a levantar la cabeza. Luego, desplegando un viejo mapa de Hamburgo sobre la mesa, empezó a buscar la calle Johamesholf.

—Sí, aquí está. En el barrio de St. Georg —dijo mostrándome aquel punto en el plano—. ¿Escribimos la carta ahora mismo? —añadió.

—Me gustaría mucho —respondí riendo.

Ahora, después de muchos años, sé que aquella carta marcó el final de una época de mi vida. Yo, que nunca había sido como los demás niños de Obaba, iba a convertirme, a partir de ese momento, en un completo extraño, en un digno sucesor del ingeniero Werfell. Dejaría de frecuentar a mis compañeros de escuela, y nunca más volvería a la iglesia. Además empezaría a estudiar, a prepararme para mi entrada en la universidad.

Al envío de la carta siguió un período lleno de dudas. Un día estaba seguro de que la respuesta no tardaría en llegar, y en cambio el siguiente pensaba que tal posibilidad era ridícula y me enfadaba conmigo mismo por seguir abrigando esperanzas.

Aquella incertidumbre acabó un viernes, cuando mi padre subió corriendo a la habitación donde estaba leyendo y me mostró un sobre de color crema.

—¡Maria Vockel! —grité levantándome de la silla.

—Maria Vockel. Johamesholf, 2. Hamburgo —respondió mi padre leyendo el remite.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Parecía imposible que una cosa como aquélla pudiera ocurrir. Pero allí estaba la prueba de que sí. El sobre de color crema era real, lo mismo que las dos cuartillas escritas que lo llenaban.

—Pregúntame lo que no entiendas —dijo mi padre antes de salir de la habitación. Yo

cogí el diccionario que él me había regalado por mi cumpleaños y empecé a leer la carta.

Al otro lado de la ventana, el sol se apagaba sin haber logrado imponerse a las nubes, como un fuego tenue, y un manto oscuro cubría todo el parque; la hierba, los árboles, el estanque. Sólo los cisnes parecían más luminosos que antes, más blancos.

Esteban Werfell encendió la lámpara y sacó la carta de Maria Vockel de uno de los cajones de la mesa. Luego, escribiendo con mucho cuidado, comenzó a transcribirla en su cuaderno.

Querido Esteban: no debemos asustarnos por lo que no podemos comprender, no al menos cuando, como en nuestro caso, lo incomprendible parece tan bonito. Ese domingo del que me hablas yo estaba en la cama con un ligero dolor de garganta, muy aburrida, y de pronto me entraron ganas de leer un libro. Pero resultó que una avería eléctrica había dejado toda la casa en penumbra, y que no podía hacerlo sin antes buscar una vela. Así pues, me levanté y fui a por ella a la cocina.

Lo que nos interesa a los dos ocurrió un poco más tarde, cuando volvía a mi habitación con la vela encendida en la mano. Primero escuché el sonido de un órgano, y luego vi a un chico de pelo negro junto a un anciano que tocaba el instrumento resoplando y moviéndose sobre el teclado. Entonces oí las mismas palabras que oíste tú, y me puse muy

contenta, como si aquello hubiera sido un sueño, un sueño muy bonito. ¿Te pasó lo mismo a ti? ¿Te alegraste? Espero que sí.

Luego se lo conté a mi madre. Pero ella no quiso hacerme caso, y me envió a la cama diciendo que tenía fiebre. Ahora ya sabemos lo que nos ocurre. A los dos nos ha ocurrido lo mismo, por algo será.

Maria Vockel le hablaba luego de la vida que llevaba en Hamburgo, muy diferente de la suya en Obaba, mucho más interesante. Aprendía idiomas, patinaba, paseaba en barcos de vela. También iba al cine, pero no a ver películas mudas; lo de las películas mudas ya había pasado a la historia.

La carta acababa con una petición. Quería tener su fotografía. ¿Sería tan amable de enviársela? Ella le correspondería enviando la suya. «Soy más rubia de lo que imaginas», afirmaba.

Esteban Werfell sonrió al leer el comentario, y devolvió la carta al cajón. Tenía que seguir escribiendo, y lo más rápido posible, además, porque se iba haciendo de noche. El parque se había llenado de sombras, los cisnes dormían ya en su caseta.

La carta de Maria Vockel me dio tanto ánimo que, por primera vez en mi vida, comencé a sentirme superior a la gente de Obaba. Me había ocurrido algo sorprendente, algo que no le ocurría a nadie, y eso me convertía en un auténtico *elegido*. En adelante,

sería una persona fuerte, y no me dejaría amilanar por aquella otra clase de *elegidos* que me señalaban con el dedo.

Durante algún tiempo seguí saliendo con mis compañeros de la escuela. En parte, necesitaba su compañía, porque mi relación con Maria Vockel era una novedad demasiado grande como para guardarla en secreto y para mí sólo. Y cuando, como adolescentes que éramos, nos reuníamos para intercambiar confidencias, yo solía ser el más hablador de todos; ni siquiera Andrés me superaba.

Pero a ellos no les gustaba aquella chica de Hamburgo. Decían que tenía que ser fea y con gafas, y además muy aburrida; que de lo contrario no hablaría tanto de libros y de lecturas.

—¿Y nunca te dice nada del otro asunto? —me preguntaban riéndose y haciendo gestos obscenos.

Yo me defendía mostrándoles un retrato en el que una adolescente, rubia, sin gafas, sonreía sin despegar los labios, y les recriminaba su grosería. Pero ellos volvían a reírse, y desconfiaban de la veracidad de la fotografía.

Muy pronto, nuestra relación comenzó a enfriarse. Me negaba a enseñarles las cartas que regularmente me llegaban de Hamburgo, y sólo me juntaba con ellos para ir al cine. Y cuando, siguiendo los pasos de Andrés, dejaron el cine y tomaron la costumbre de frecuentar los bares, la ruptura fue total. Yo

prefería quedarme en casa, estudiando alemán y leyendo los libros de la biblioteca de mi padre. Quería prepararme, estar a la altura de Maria Vockel.

Mi padre no podía disimular la alegría que le producía mi alejamiento de todo lo que tuviera que ver con Obaba.

—¿No vas a salir con tus amigos? —me preguntaba los domingos por la tarde, con una pizca de aprensión.

—No, estoy bien en casa.

Mi respuesta, invariable, le hacía feliz.

Cuando cumplí diecisiete años, dejé Obaba y me fui a la universidad. Para entonces, el número de cartas cruzadas entre Maria y yo superaba el centenar, y ningún tema faltaba ya en ellas. Todas juntas habrían formado un ilustrativo volumen de las inquietudes de la adolescencia.

Las cartas también hablaban del futuro de nuestra relación. Yo le pedía que me esperara, que no tardaría en ir a Hamburgo. Bien leída, aquella petición era promesa de matrimonio.

Sin embargo, no era ése el futuro que nos reservaba la vida. Nuestra relación, tan intensa hasta el día de mi ingreso en la universidad, decayó repentinamente en cuanto yo pisé las aulas. Fue como si alguien hubiera dado una señal y, por decirlo así, toda la música cesara de golpe.

Maria Vockel se retrasaba cada vez más en sus respuestas, y el tono que empleaba en

ellas ya no era entusiasta; a veces, sólo era cortés. Por mi parte, aquel cambio me desconcertaba, me llenaba de inseguridad. ¿Cómo debía reaccionar? ¿Pidiéndole explicaciones? ¿Repitiendo mis promesas? Pero, con todo, los días pasaban y yo no me decidía a actuar.

Cuando volví a Obaba a pasar mis vacaciones de Navidad, vi un sobre de color crema sobre la mesa de mi habitación. Supe inmediatamente que aquélla era la carta de despedida.

—¿Malas noticias? —me preguntó mi padre durante la comida.

—Maria me ha dejado —respondí abatido. Con ser previsible, la noticia me había afectado mucho.

Mi padre sonrió con humor.

—No te preocupes, Esteban —dijo—. Los sufrimientos del amor son como los de las muelas. Intensos, pero nunca graves.

Efectivamente, mi abatimiento duró poco. Estuve enfadado una temporada, hasta el punto de enviar a Maria una respuesta bastante dura, y luego, casi sin darme cuenta, se me olvidó todo. Antes de acabar el curso la relación que había tenido con ella se me figuraba muy lejana, y me alegraba de su final.

Una vez acabados mis estudios y siendo ya profesor de Geografía, me casé con una compañera de trabajo, y las cartas color crema quedaron enterradas y olvidadas. Para enton-

ces, mi padre descansaba ya en la tierra de Obaba.

Esteban Werfell dejó de escribir y comenzó a repasar las páginas del cuaderno. *He regresado de Hamburgo con la intención de escribir un memorándum de mi vida*, leyó en la primera página.

Suspiró aliviado. El memorándum estaba casi terminado. Sólo le quedaba contar lo ocurrido en el viaje a Hamburgo.

Inclinándose de nuevo sobre la mesa, dudó en escribir la palabra *epílogo* al comienzo de la nueva página. Al final, prefirió trazar una raya y aislar así aquella última parte de la historia.

Había oscurecido por completo. La luz de sodio de las farolas iluminaba ahora el parque.

Así terminaría —escribió bajo la raya— el repaso que, a partir de una tarde de domingo, he dado a mi vida, si no fuera por el viaje que acabo de hacer a Hamburgo. Pero lo que encontré allí me obliga a dar un salto en el tiempo y a seguir con la historia.

Al salir para Hamburgo mi principal propósito era conocer la ciudad de mi padre, objetivo que las circunstancias políticas, la guerra sobre todo, me habían impedido cumplir durante muchos años. Quería visitar los lugares por los que él había andado antes de marcharse a Obaba, y rendir así un homenaje a su memoria. Iría a la Buschstrasse, compra-

ría entradas para escuchar ópera en el Schauspielhaus, pasearía por las orillas del lago Binnen.

Abrigaba, luego, un propósito menor; «si tengo tiempo —pensaba—, iré al número dos de la calle Johameshof. Quizá María Vockel siga viviendo allí».

Pero cuando, después de diez días de estancia en la ciudad, di por cumplido el primer objetivo, la idea de visitar a mi *primer amor* —que yo había considerado como absolutamente normal— comenzó a desasosegarme. Me decía a mí mismo que no ganaría nada con mi curiosidad; que, sucediera lo que sucediera en la visita, el buen recuerdo que tenía de Maria Vockel se desharía. En el fondo, tenía miedo de dar aquel paso.

Dudé durante varios días, cada vez más nervioso. No salía del hotel, y me pasaba las horas asomado a la ventana y mirando hacia el barrio de St. Georg. Allí estaba la calle cuyo nombre había oído pronunciar en el coro de la iglesia; aquéllas eran las casas que formaban el punto que mi padre había dibujado sobre el mapa de la ciudad.

Faltaban sólo unas horas para que yo tomara el tren de vuelta cuando, dejando bruscamente aquella ventana, bajé corriendo las escaleras del hotel y llamé a un taxi.

«Si no lo haces, te arrepentirás», repetía para mis adentros.

El recuerdo de Maria Vockel me invadía,

haciéndome sentir en otro tiempo; fuera de aquel en el que realmente me encontraba. En cierto modo, volvía a tener catorce años.

El taxi me dejó frente al número dos de la calle Johameshof. Era una casa antigua, de tres balcones.

«De aquí me enviaba sus cartas», pensé abarcándola con la vista. Luego fui hasta la puerta y llamé al timbre. Sentía los latidos de mi corazón en todo el cuerpo.

Un anciano de unos ochenta años apareció en el umbral. Estaba muy delgado, y las arrugas le marcaban la cara.

—¿Qué desea? —escuché.

La pregunta volvió a situarme en el tiempo real, y la sensación de estar haciendo el ridículo se apoderó de mí. No acertaba a decir nada.

—Querría saber si Maria Vockel vive en esta casa —balbucí al fin.

—¿Maria Vockel? —se extrañó el anciano—. ¡Werfell! —gritó de pronto, señalándome con el dedo. Luego abrió mucho los ojos, como quien acaba de recordar algo insólito, y se puso a reír. Yo estaba aturdido.

—Efectivamente, soy Esteban Werfell —dije. El anciano seguía riendo, y me invitaba a entrar en su casa.

—¡Werfell! ¡*Mein Kamerad!* —repitió él abrazándome. Luego se presentó, y esta vez fui yo el que abrió mucho los ojos.

El anciano era Theodor Steiner, el viejo

amigo de mi padre, su camarada del Club Eichendorff.

—¡Creí que no vendría nunca! —exclamó cuando subíamos por las escaleras.

Cuando entramos en su biblioteca, el señor Steiner me pidió que me sentara, y comenzó a repasar sus estanterías.

—¡Aquí está! —dijo enseguida sacando un ejemplar de los *Gedichte* de Joseph Eichendorff.

De entre las páginas del libro sobresalía un sobre de color crema.

—Señor Werfell, la Maria Vockel que usted creyó conocer fue sólo una invención de su padre. Hubo, desde luego, una actriz con ese nombre en la ópera de Hamburgo, pero nunca vivió en esta casa.

El señor Steiner me miraba con seriedad.

—Déjeme leer la carta de mi padre, por favor —dije.

—Léala, sí. Le ha estado esperando treinta años —suspiró él antes de desaparecer por el pasillo.

La carta de su padre seguía entre las páginas del libro de Eichendorff, y ambos estaban ahora sobre su mesa. Esteban Werfell abrió el sobre de color crema y comenzó a transcribir el texto con el que concluiría su duodécimo cuaderno.

Querido hijo: perdona que te haya engañado. Estoy ya en la última etapa de mi vida,

pero aún ignoro si lo que concebí aquel domingo fue o no justo. Tengo miedo. A veces pienso que no soy más que un anciano loco.

Me gustaría llamarte a mi lado y explicarme ante ti abiertamente, sin recurrir a esta carta, pero no me atrevo. Si algún día vas en busca de Maria Vockel, Theodor te entregará esta carta y sabrás la verdad. De lo contrario, quedará en secreto. Sea como sea, te pido perdón una vez más, mil veces más.

En realidad, todo ocurrió por casualidad, sin premeditación alguna por mi parte. Cuando me confiaste lo que habías visto y oído durante el desmayo, comprendí enseguida que toda la escena estaba construida con retazos de conversaciones que habías tenido conmigo. El número dos de la calle Johameshof, por ejemplo, era la dirección del único amigo que seguía escribiéndome y dando noticias de mi país; por otra parte, Maria Vockel era el nombre de una cantante de ópera que a mí me gustaba mucho.

Entonces surgió la idea. Pensé de pronto que podía convertirme en Maria Vockel y de ese modo influir en tu vida. Puede que tú ya no te acuerdes, Esteban, pero en aquella época estabas muy alejado de mí y muy cerca, en cambio, de la forma de vida de Obaba. Desde mi punto de vista, y como bien sabes, aquello era lo último, lo peor que podía pasar. No quería que te convirtieras en uno de ellos, y me parecía un deber el impedirlo.

Escribí a Theodor pidiéndole ayuda, y ambos nos pusimos de acuerdo. El sistema era muy simple. Yo escribía las cartas aquí, en casa, y luego se las enviaba a mi amigo. Entonces Theodor las hacía copiar por una adolescente de tu misma edad —se trataba de que todo pareciera real—, y las reenviaba a Obaba.

El juego duró hasta que te vi a salvo, hasta que te marchaste a la universidad. Una vez conocida la universidad, ya no querrías volver a estas montañas. Menos aún con la educación que yo te había ido dando a través de las cartas. Te había hecho aprender mi lengua, te había hecho leer...

La carta seguía, pero las palabras con que su padre cerraba su explicación eran tan íntimas, tan cariñosas, que su mano se negaba a transcribirlas.

Aquí termina este memorándum, escribió. Luego apagó la luz y se quedó a oscuras, plácidamente, feliz.

EXPOSICIÓN DE LA CARTA DEL CANÓNIGO LIZARDI

Se trata de una carta que ocupa once hojas de la clase que llaman holandesa, ilegible en alguna de sus partes debido a la humedad del sótano donde, al no haber sido enviada en su día, ha permanecido durante muchos años. La primera hoja, que es la que ha estado en contacto directo con el suelo, se encuentra particularmente deteriorada, y tiene tantas manchas que apenas si es posible entender algo de lo que el canónigo decía en ese comienzo. El resto, con la salvedad hecha de alguna que otra línea de las de *arriba*, se halla en muy buen estado de conservación.

Aunque la carta no lleva fecha, podemos suponer que fue escrita en mil novecientos tres, ya que al final de ella, en la despedida que precede a la firma, su autor declara llevar tres años en Obaba; y todo parece indicar —así lo afirma al menos el clérigo que ahora ocupa su puesto— que fue a principios de siglo cuando Camilo Lizardi se hizo cargo de la rectoría del lugar.